

pero, sabe...". Yo le digo: "Aunque lo digas de broma, te dio miedo decirlo, hasta acá sentí tu miedo, Bernardo."

La sesión dio un giro de 180 grados, y de ahí cuenta diferentes historias de miedos infantiles y otros más recientes de cómo pensó —y aún piensa— que su gato estuvo poseído porque un día en la noche se estrellaba repetidamente contra una ventana y caía desmayado después de cada impacto. Relató que durmió con la madre hasta 5o de primaria por sentir un miedo intenso a la oscuridad y cuando corría al cuarto de los padres sentía que alguien podría sujetarlo en el recorrido

del pasillo, un miedo infantil se actualizó y es muy vigente aún.

Hay múltiples cuestiones qué analizar del caso de Bernardo, sin embargo lo que me interesa rescatar es cómo el hecho de que en el tratamiento yo pueda ver lo que ocurre en su casa, se puede usar como un elemento más para el análisis. El inconsciente encuentra la manera de manifestarse, es verdad que la falta de la corporalidad en los tratamientos nos quitó ciertos elementos para interpretar, pero lo virtual nos da otros más para trabajar, el inconsciente no descansa, se manifiesta, ¡estemos atentos!

Supervisión sabatina y caos pandémico

GABRIELA RAMOS MENDOZA

Bajamos temprano con mucha calma. Era mi turno de supervisar a los alumnos de maestría en la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara. Olvidamos por completo desactivar la alarma así que al abrir el ventanal del patio se prende la sirena provocando un susto en el vecindario. Lo menos que alguien quiere en fin de semana y menos en tiempos de COVID, tiempos de mucha angustia. Se acerca la hora de la supervisión, enciendo mi *laptop* en el comedor, lugar más efectivo de la casa que me asegura no tener fallas de señal de Internet. Mientras preparo café, un miembro de mi familia alimenta y pone agua limpia a Clavellina y Juan de Amor, una pareja de pericos que tenemos para después salirse a caminar con nuestros perros y así evitar ladren mientras yo estoy en Zoom. Me siento frente a la computadora pensando tener todo bajo control al estar sola y tranquila en casa. Recibo una llamada de la compañía de alarmas para preguntar si estamos bien, para cerciorarse que en casa nadie estuviera amagado por unos malvados ladrones. Tengo que proporcionarles datos y claves para asegurarse que todo está bajo control, y así evitar que manden patrullas. Empiezo a sentir desasosiego por la hora.

Tomo asiento de nuevo, de reojo veo que Clavellina está fuera de su jaula y se dispone a volar en libertad, algo nuevo y desconocido para ella ya que son aves que nacen en cautiverio. Accidentalmente, se había quedado la jaula mal cerrada y ella no desaprovechó la oportunidad. Corro con una toalla para lanzársela encima y tratar de capturarla, lo único que consigo es que vuele hasta un balcón en el segundo piso, en el momento que subo para seguir intentando atraparla recibo dos

llamadas de colegas para decirme que ya estaban todos esperando me conectara en Zoom, pido que me disculpen unos minutos y avisen que tengo problemas técnicos. Del balcón Clavellina toma un vuelo infinito, yo me despido de ella. Huelo el caos como el buitre la carroña.

De nuevo regreso a mi lugar. Al tratar de entrar a la supervisión me aparece un recuadro que no me permite continuar hasta que escriba una contraseña de un programa nuevo que se le había instalado un día antes a la computadora y del cual yo no tenía la menor idea. Tengo que hacerle una llamada urgente a mi hija que estaba fuera de casa para que me la proporcione. Por fin logro entrar con varios minutos de retraso, le llamo por su nombre a mi supervisada y le pido que inicie. Un instante después me doy cuenta que no es la alumna que yo creía supervisaría. En ese momento me llega un recado de otra colega diciéndome el nombre correcto de la alumna.

¿Qué más podría pasar a lo largo de la supervisión? No lo sabía. Esperaba nada, ya había sido suficiente y apenas había logrado calmar un poco mi angustia. Media hora más tarde, al entrar a casa, la persona que nos ayuda es empujada por dos perros labradores obesos de mis vecinos que iban en busca de mis perros con los que juegan ocasionalmente; al no encontrarlos sorprenden a la gata Lupe Chela mientras comía y empieza la corretiza por toda la casa. Mi vecino, que es de corta estatura, también corría detrás de sus perros sin lograr sostenerlos. Me recordaba las persecuciones interminables de Tom y Jerry, caricatura que veía cuando era niña. Yo estaba inmóvil en mi silla tratando de mirar fijamente el monitor haciendo un gran esfuerzo de ignorar lo que sucedía a mí alrededor, algo prácticamente imposible. Una locura llena de atemporalidad, una catástrofe que no llegaba a su fin. Como analista me angustiaba la dificultad de conectarme con el paciente, la terapeuta y el grupo en medio de todo el caos. Pensé en algún momento pedirle a otra analista que se hiciera cargo pero me calmé al pensar que desde los recados de mis colegas antes de iniciar ya contaba con “Yos auxiliares” para hacer que la supervisión terminara lo mejor posible. Agradezco pertenecer a un grupo tan apasionado, lleno de tanta enseñanza, paciencia y cariño.

Lo que siguió fueron eventos un poco menos abruptos, pero solo un poco. El camión que recolecta la basura, la mudanza de unos vecinos, Juan de Amor gritándole a su amada regresara y la Lupe Chela pasando frente a la cámara, supongo en venganza por aquellos irrespetuosos intrusos que la molestaron mientras desayunaba apaciblemente. Con todo esto, se me venía a la cabeza una paciente que siempre toma su sesión encerrada en la regadera. Algo así deseaba haber hecho.

Esta pandemia ha generado un caos en todos y en cada uno de nosotros. Me gusta la idea de fantasear un mundo sin ella, fantasear que sin ella no se habría activado la alarma de casa, habría salido camino a la asociación como muchos otros sábados, con tiempo suficiente para hacer escala en PalReal por un *macchiato* doble, no habría confundido a mi supervisada y Clavellina no habría abandonado a Juan de Amor.